

Importancia estratégica del bajo Colorado en la expansión española hacia el noroeste

Lourdes Romero Navarrete

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social,
Programa Noreste, Saltillo, Coahuila*

A partir de las crónicas sobre el descubrimiento y de los diferentes proyectos de colonización impulsados por la corona española en la región del bajo Colorado, este artículo es una propuesta de análisis que considera la expansión colonial como un fenómeno de territorialidad, es decir, como un proceso que resulta de prácticas materiales, culturales y políticas asociadas a la apropiación de un espacio definido (Romero 1990).

La pertinencia de este enfoque deriva del renovado interés que ha cobrado para las ciencias sociales, la necesidad de explicar la desterritorialización producida por las interconexiones que se realizan en un mundo crecientemente globalizado. Así, se hace énfasis en que la desterritorialización no constituye sino una forma distinta de construcción del territorio, asociada también a una serie de prácticas de apropiación, pero a una escala diferente y que no necesariamente conllevan a la disolución de todo el esquema de apropiación producido a nivel local y regional, pues en la gran mayoría de los casos genera respuestas exactamente contrarias. Los vastos procesos de expansión colonial que registra la historia son una muestra palpable de ello. De ahí el interés en presentar los resultados de investigaciones que he realizado con anterioridad bajo esta perspectiva. Aún más cuando uno de los objetivos del coloquio es justamente hacer una revisión de las investigaciones realizadas hasta ahora.

Esta propuesta explora dos elementos característicos de la ocupación colonial española del bajo delta del Colorado y que se insertan en el esquema de prácticas arriba mencionado. Nos referimos concretamente a la construcción del conocimiento geográfico que se efectuó sobre la zona y a las instituciones bajo las cuales se impulsó su integración, tales como la colonización civil y religiosa.¹ Esta región adquirió un papel estratégico desde el siglo XVI, primero porque el conocimiento sobre la conformación geográfica de lo que entonces se denominó las Californias o California, tuvo en la desembocadura del Colorado un papel comprobatorio de su naturaleza peninsular. Tal hecho parecería uno más dentro de los anales de la cartografía; sin embargo, es notoriamente diferente, porque aun siendo un hallazgo tan temprano como 1539, la morfología de la península permaneció en la incertidumbre hasta bien entrado el siglo XVIII. Una de las razones para ello fue la serie de mitos creados alrededor no solo de la península, sino de la vasta región septentrional de la Nueva España (al igual que ocurrió con los diversos confines del continente). De esa forma, la búsqueda del célebre Estrecho de Anián que conduciría a los ricos reinos de oriente o la esperada existencia de inmensas vetas minerales, fueron la causa de la persistencia de noticias contradictorias sobre la península y en general sobre el noroeste de la Nueva España. Lo anterior dio lugar a que dentro de los móviles de las exploraciones hacia esta

¹ Existe una amplia bibliografía relativa al descubrimiento y primeras exploraciones realizadas en la península. Es imprescindible la consulta de Bancroft (1881). Igualmente importantes son las obras de Miguel León-Portilla (1989) y de Álvaro Portillo y Díez de Solano (1947).

parte del virreinato, estuviera la de resolver las incógnitas acerca de la geografía californiana.

Además de ser un punto de especial interés geográfico, fue igualmente estratégico por encontrarse en la vía natural en la ruta terrestre hacia el noroeste, por lo que su ocupación se consideró prioritaria para apoyar la colonización de la Alta California. En este proyecto la región también reveló su singularidad. A diferencia del relativo éxito que las misiones religiosas habían conseguido en la península, en el Colorado los misioneros encontraron un panorama cultural diferente. Sociedades incipientemente agrícolas, organizaciones sociales tribales, territorialidades construidas, etcétera, fueron condiciones que en este caso no funcionaron para instrumentar una integración, por el contrario condujeron los intentos de colonización civil y religiosa a un desastre cuyas repercusiones desestimularon nuevos proyectos de ocupación aun durante el siglo XIX.

Tanto la construcción del conocimiento sobre su geografía como los proyectos impulsados con miras a la integración referidos anteriormente, se expresaron con claridad a lo largo de los tres siglos de coloniaje en dos etapas distintas. La primera corresponde, con más o menos precisión, al periodo de las exploraciones marítimas y terrestres, en tanto la segunda concierne a los intentos de apropiación del espacio a través de las instituciones coloniales, tales como las misiones religiosas y la colonización civil.

La construcción del conocimiento geográfico

Como acabamos de referir, el bajo delta del Colorado fue de los territorios más tempranamente recorridos por los exploradores españoles. Su descubrimiento (si tal término es válido para quienes desde otros confines dieron con él por primera vez) tuvo lugar en una fecha tan inicial en la historia de la ocupación española como 1539, prácticamente en medio de la vorágine de exploraciones que derivaron del encuentro colombino. El primer contacto se debió a Francisco de Ulloa, quien, por instrucciones de Hernán Cortés, recorrió el golfo de California hasta su extremo septentrional. Con la crónica de este viaje, escrita por Francisco Preciado, comienza el registro de cómo se fue construyendo el conocimiento sobre la geografía de la península. La crónica no deja lugar a dudas de que Ulloa tuvo la certeza de haber encontrado en la desembocadura del Colorado un ancón, o “codo” de mar, y no un estrecho marítimo, aunque ello no implicaba la inexistencia de un estrecho.² No obstante, pudo reconocer en el seno californico los contornos de una península y no de una isla (Tabla 1).

La segunda exploración se debió a Hernando de Alarcón, quien en 1540 encabezó la expedición por vía marítima, la cual debía encontrarse con la que por tierra iba al mando de Francisco Vázquez de Coronado. El 26 de agosto de 1540, Alarcón llegó a la desembocadura del Colorado, al cual entonces bautizó como Río de la Buena Guía. La crónica del viaje de Alarcón, publicada por Giovanni Ramusio en 1564, da cuenta del primer encuentro del que tenemos noticia entre los exploradores españoles y los habitantes de la región del bajo Colorado, a quienes diversos autores identifican con indígenas cucapás. A unas seis leguas de haberse internado río arriba, vieron “alrededor de doscientos cincuenta indígenas. Todos ellos [dice

² “metidos a la mar en la altura de treinta e dos grados y tres cuartos ... comenzamos a ver el agua blanca, a manera de agua de río, y yendo navegando por esta agua vimos una tierra al sudeste y pensando que era isla fuimos a ella por verla y saber qué cosa era, y cuanto más a ella nos llegábamos, tanto menos fondo hallábamos..., hallamos un canal por el cual entraban sus dos mareas en veinticuatro horas por su orden y concierto de creciente y menguante... pusímosle por nombre el Ancón de San Andrés y mar Bermejo, porque lo es y llegamos a él en su día”. Véase: Julio Le Riverend (s.f.:682).

Tabla 1. Construcción del conocimiento geográfico del espacio.

Exploraciones marítimas		Exploraciones terrestres	
Francisco de Ulloa	1539	Melchor Díaz	1540
Francisco de Alarcón	1540	Juan de Oñate	1604

Alarcón] gritaban y hacían señales de descontento, golpeaban sus arcos y flechas”. La crónica los describió como gente alta y bien formada, sus cuerpos vistosos y distintamente decorados. Llevaban una faja multicolor anudada al centro con un cordón de plumas que les caía detrás del cuerpo en forma de cauda. En sus brazos portaban una banda angosta a la cual daban tantas vueltas que tenía el grueso de una mano. Cargaban navajas hechas de hueso de venado, útiles para quitarse el sudor. Llevaban una especie de bolsa de un palmo de largo anudada a su brazo izquierdo, en la cual cargaban sus flechas y unas semillas que les servían para hacer una clase de bebida. Hombres y mujeres traían el pelo de la misma forma: un gran fleco en la frente y largo hasta la cintura posterior. Las mujeres sólo tenían por vestimenta un largo faldellín de plumas de colores (Bolton 1990:159; Forbes 1965).

Alarcón se internó hasta la altura de la confluencia del Río Colorado con el Gila, donde al pie de un árbol dejó algunas cartas dirigidas a Vázquez de Coronado (León-Portilla 1989:62). La expedición que éste comandaba por tierra envió a Melchor Díaz al encuentro de Alarcón. Como apunta Miguel León-Portilla, a Díaz se debe la primera entrada terrestre de que se tiene registro a las ahora tierras mexicalenses. Este explorador bautizó al Colorado con el nombre de Río Tizón, porque, según afirmó: “para caminar de unas partes a otras, por el gran río [sus habitantes] sacan un tizón en una mano, con que se van calentando la otra y el cuerpo, y así lo van trocando a trechos”. Durante el recorrido, Díaz encontró las señales dejadas por Alarcón, advirtiéndole que éste no había continuado su viaje al percatarse de que “aquella mar era ancón que tornaba a volver sobre la isla del Marqués, que dicen de California”, dando así cuenta de “cómo la California no era isla sino punto de tierra firme” (León-Portilla 1989:51).

Otra descripción derivada de la entrada de Melchor Díaz, es la que se refiere a la zona geotérmica de Cerro Prieto. La crónica del viaje, escrita por Pedro Castañeda de Nájera, asegura que después de haber caminado unas 150 leguas desde un punto identificado por algunos con el sitio donde ahora se asienta Yuma, en Arizona:

dieron con unos médanos de ceniza ferviente que no podría nadie entrar a ellos porque fuera entrarse a ahogar en la mar. La tierra hollaba, temblaba como témpano que parecía que estaban debajo algunos lagos. Pareció cosa admirable que así hervía la ceniza en algunas partes, que parecía cosa infernal [León-Portilla 1989:52].

Las certezas sobre la conformación peninsular apuntadas en las crónicas de estos primeros viajes, no consiguieron contrarrestar las informaciones contradictorias sobre la geografía californiana. El hallazgo de la desembocadura podría haber indicado que ahí no estaba el estrecho, pero no que no lo hubiera. De tal forma que la búsqueda de un paso hacia Oriente continuó como uno de los principales incentivos de las exploraciones llevadas a cabo en esta zona.

La posibilidad de hallar el famoso Estrecho de Anián está expresamente referida en el cúmulo de iniciativas y medidas tomadas por la corona respecto de la exploración y colonización de estas tierras. Éste fue el caso de la empresa iniciada por Juan de Oñate, conquistador de Nuevo México, quien realizó una expedición desde Santa Fe en busca de una salida a la “Mar del Sur”. A principios de 1605 llegó hasta la parte baja del Colorado, en donde, según la relación,

Tabla 2. Construcción institucional del espacio.

Las misiones religiosas		Las misiones religiosas y la colonización civil	
Eusebio Kino	1700	Juan Bautista de Anza	1774-1781
Jacobo de Ugarte	1721	Francisco Garcés	1776-1781
Fernando Consag	1746		
Jacobo Sedelmayr	1744-1751		

cuestionó a los indígenas por la salida al mar, a lo que éstos respondieron “señalando desde el poniente, noroeste, norte, nordeste, leste”. Tal confusión llevó incluso a Oñate a creer que el golfo de California no era sino “un brazo de mar del Norte y costa de la Florida” (J. Porrúa Turanzas 1962:166).

Siguiendo el curso del río Colorado, el cual en esta ocasión recibió el significativo nombre de la Buena Esperanza, llegó hasta la desembocadura. A partir de aquí concluyó que el brazo de mar sobre el cual desaguaba el Río de la Buena Esperanza, no era otro que el de California, y que la tierra ubicada hacia occidente pertenecía a las Californias, que de esta forma iban a dar al océano Pacífico. La desembocadura fue descrita entonces como un “puerto y bahía [que] hace el río de Buena Esperanza cuando entra al mar”. Lo llamaron puerto de la Conversión de San Pablo porque tomaron posesión de él el 25 de enero, día de su celebración. Este río era tan grande, afirmó, “que podía surtir más de mil naos, sin estorbarse unas a otras”.

Las crónicas de los viajes de Oñate y de Melchor Díaz, llevaron a fray Alonso de la Ascensión, cosmógrafo de la expedición de Sebastián Vizcaíno (y a quien se debieron buena cantidad de apreciaciones erróneas sobre el noroeste de Nueva España) a proponer a la corona la fundación de una población de españoles en la desembocadura del Río Tizón, desde la cual se continuara la pacificación de Nuevo México y se descubrieran “nuevas tierras y riquezas ... pesquerías de perlas y de metales”, de las que, afirmó, estaban repletas las Californias y Nuevo México. De igual forma alentaría las esperanzas de encontrar el famoso Estrecho de Anián.

La transición: del hallazgo geográfico a la integración institucional

A mediados del siglo XVII, se introdujo una modalidad que resultó definitiva en la ocupación de la península y que puede considerarse como una etapa de transición entre los viajes de exploración y reconocimiento, y la concreción de las primeras medidas de colonización institucionalmente establecidas. Nos referimos al establecimiento de misiones religiosas en Baja California iniciada por el jesuita Eusebio Francisco Kino (Tabla 2).

La Compañía de Jesús intervino por primera vez en el proyecto californiano en 1642, cuando el padre Jacinto Cortés participó en la expedición de reconocimiento que ordenó el virrey marqués de Villena al gobernador de Sinaloa, Luis Cestín de Cañas. Tanto Cortés como Andrés Báez, su hermano de orden, se unieron a la expedición de Pedro Porter de Casanate seis años después.

La promoción de los fines evangélicos como una razón más para efectuar las exploraciones sobre este territorio, derivó de la necesidad de garantizar mediante una vía institucional la ocupación de lo que se llamaría la Alta California, empresa que había significado un rotundo fracaso financiero para los particulares que la habían iniciado.

Las misiones religiosas se apoyaban fundamentalmente en el patrocinio privado, y constituyeron un éxito probado en la colonización de áreas donde las sociedades indígenas

carecían de instituciones que, como en el altiplano central, fueron condiciones favorecedoras de la integración, tales como el sedentarismo, el sistema tributario y la organización jerárquica. En estas circunstancias, el apoyo brindado por Alonso Fernández de la Torre en 1671 para el financiamiento de las misiones en la península, tuvo una trascendencia significativa. Fernández dispuso en su testamento que una parte de su capital fuera dado a la Compañía de Jesús para fundar dos misiones, una en California y otra en la Nueva Galicia (J. Porrúa Turanzas 1962). Con los recursos facilitados por Fernández, el rey Carlos II encomendó a los religiosos jesuitas la “conversión y población de esta provincia”, ordenándoles integrarse a la expedición de Bernal de Piñadero. El monarca no tuvo reparo en afirmar que, de resultar insuficiente el dinero testado por Fernández y demás aportaciones hechas por otros benefactores, lo autorizaba a hacer el “descubrimiento” por cuenta de la Real Hacienda, pues “a pesar de que no se ofreciera otra esperanza de mayor caudal que el de *la conversión de los gentiles*”, ello bastaba para justificar la ambiciosa empresa. Así, mediante esta real orden, emitida en 1677, la conversión de los gentiles por primera vez se antepuso a un fin meramente material.

La expedición corrió a cargo del almirante Isidro de Atondo y Antillón y se efectuó en 1683. En ella participó en calidad de cosmógrafo el jesuita Eusebio Francisco Kino, quien se convertiría en uno de los más entusiastas promotores de la evangelización en la península. La empresa de Atondo, como las anteriores, resultó un fracaso en términos materiales, pero fue la base del proyecto que diseñó el jesuita para conseguir la evangelización de la península.

El cronista Miguel Venegas refiere que el plan trazado por Kino junto con Juan María de Salvatierra, otro prominente jesuita, consistió en:

adelantar cada uno sus misiones y reducción hacia el norte; Kino las de la Pimería y Salvatierra las de California, hasta juntarse unas con otras en las márgenes del río Colorado, en treinta y tres y treinta y cuatro grados de latitud, y desde ahí, por tierras según noticias y apariencias ya fértiles y capaces de todo cultivo, proseguir juntos y con recíproca ayuda, y fomento fácil por tierra, hasta salir a la costa del famoso puerto de Monterrey y Cabo Mendocino en treinta y siete y cuarenta y dos grados: paraje el más propio y acomodado para la escala del comercio de Philipinas [Kino 1985:53].

Según este propósito, la localización de un paso por tierra que permitiera abastecer las fundaciones de la península resultaba primordial. Con este fin Kino realizó siete expediciones por tierras de Sonora en dirección hacia el noroeste. Durante su recorrido maduró la convicción de que encontraría el paso terrestre a la California, y decimos maduró, porque en 1700 aún tenía dudas sobre la peninsularidad:

desde el muy alto cerro o antiguo volcán de Santa Clara, devisé patentísimamente con anteojo y sin anteojo el encerramiento de estas tierras de la Nueva España y de la California y el remate de esa mar de la California, y el paso por tierra que en 35 grados de altura, pero por entonces no lo concebía y me persuadía que más adelante y más al poniente subiría esa mar de la California a más altura hasta comunicarse con el mar del norte o estrecho de Anián, y dejaría y haría isla a la California.

Kino aseguró que uno de los autores de las confusiones había sido el célebre Francis Drake, quien a su paso por el cabo de San Lucas “discurrió y divulgó por cosa cierta que este Seno y Mar Califórnico tenía comunicación con la mar del Norte ... y con esto Drake [afirma Kino] engañó a toda Europa, y casi todos los cosmógrafos y geógrafos de Italia, Alemania y

Francia, pintaron la California Isla”.³ Los viajes de Kino, en cambio, le permitían concluir de manera indubitable que la antigua California era una península.

Aunque las expectativas de riqueza continuaron alentando la incertidumbre respecto de su conformación, la urgencia de consolidar la expansión hacia el noroeste motivó a la corona a despejar las incógnitas promoviendo nuevos viajes de exploración asociados a las campañas de evangelización.

En 1704 llegó a Nueva España el virrey marqués de Valero. Entre sus encomiendas traía una muy especial, la cual consistía en pedir a los ignacianos continuar la búsqueda de un puerto por las costas del Pacífico que sirviera de escala a las naos procedentes de Filipinas. En cumplimiento de la orden real, el 15 de mayo de 1721 el jesuita Jacobo de Ugarte salió de Loreto en la balandra *Triunfo de la Santa Cruz*, en viaje de reconocimiento por el golfo californico. Durante el trayecto llegaron a un puerto que bautizaron con el nombre de San Felipe de Jesús (ahora conocido destino turístico de la península). Después de recorrer 11 leguas hacia el norte, arribaron a la desembocadura del Colorado, donde “vieron mudarse el color de las aguas ya en cenicientas, ya en negras, y ya más frecuentemente en coloradas. Avisoles esta observación que estaba ya cerca el desemboque del río Colorado”.

El choque de las corrientes del golfo con el caudal del río fue descrito como una marea de 6 a 7 brazas que inundaba con ímpetu terrible varias leguas de la tierra llana, la cual después dejaba seca la bajamar volviendo la resaca con el mismo ímpetu. La turbulencia de las aguas hizo inútiles los esfuerzos por remontar la corriente; solo pudieron recorrer los canales que forman las Islas Gore y Montague y afirmaron, convencidos, que éste no era el famoso y esperado canal hacia oriente “que no tenía tanto fondo y que sus aguas no debían batir tanto contra las costas si tuviesen algún desahogo salida y vertiente a la mar del sur”, confirmando de nueva cuenta que no era el ansiado Estrecho de Anián sino el remate de la península de California.

En obediencia a otra orden real, ésta emitida por Felipe V en 1744, los ignacianos continuaron los viajes de exploración hacia el noroeste. Fernando Consag recorrió el golfo californico hasta la desembocadura del Colorado en 1746. La cartografía de Consag alcanzó la precisión y difusión necesarias para que fuera empleada en lo subsecuente, por lo que su contribución al esclarecimiento de las seculares dudas acerca de la conformación de la península tuvo un carácter fundamental. Entre 1744 y 1750, Jacobo Sedelmayr recorrió el bajo delta del Colorado por tierra y en 1766 Wenceslao Linck llegó a él por vía marítima. Éstos fueron los últimos recorridos que la orden impulsó respecto de esta zona.

La estrategia de ocupación continuó luego del destierro de la Compañía de Jesús decretado por Carlos III en 1767. El proyecto californiano quedó a cargo de la orden franciscana, la cual habría de constituirse en un soporte a la ocupación civil tanto de la península como de la Alta California, es decir, careció de la exclusividad que habían tenido los ignacianos.

En esta etapa la región del Colorado adquirió un papel singular, pues dominarla significaría facilitar la ruta hacia la Alta California y consolidar la expansión, por lo que, uniendo este propósito con el pastoral, Francisco Garcés (fraile del colegio franciscano de Santa Cruz de Querétaro) y Juan Bautista de Anza (comandante del presidio de Tubac en Sonora y principal operador de la fundación de poblados en Alta California, como Los Ángeles y San Francisco), llevaron a cabo sendas exploraciones por el delta del Colorado.

El panorama cultural, como se mencionó, era diametralmente distinto al del contexto.

³ Kino 1989:155-156. En esta obra Kino hace una vívida recreación de las inferencias que fueron guiando su conocimiento de la península.

Aquí no habitaban las llamadas bandas nómadas, sino sociedades incipientemente agrícolas con una organización más compleja. Entre los diversos grupos que se han identificado en el territorio del cual nos ocupamos y que correspondía al área de influencia extendida hasta la confluencia de los Ríos Gila y Colorado o sureste de Arizona, están los quechanos, mohaves, maricopas, halchidomas, kohuanas, halykwamais y cucapás.⁴ Todos ellos son citados por el padre Garcés en sus diarios, y con ellos tuvo un amplio contacto; tal fue la seguridad de Garcés que en 1776 acometió una temeraria empresa.⁵ En efecto, considerando que había logrado la confianza de uno de los principales líderes de la tribu quechán, de nombre Olleyquotequiebe, a quien bautizó como Salvador Palma, procedió a solicitar al virrey Bucareli la autorización para fundar dos misiones en la región del Colorado (Archivo General de la Nación, Provincias Internas, vol. 23, exp. 45.). El fraile pretendió asegurar la alianza con los yumas, llevando a Olleyquotequiebe hasta la misma ciudad de México para ser presentado ante el virrey. La representación que de propia mano entregó el jefe indígena a Bucareli es de singular interés, porque refleja la ingenuidad con que se manejó el fraile y que le habría de costar la vida. En el documento, el cual sin duda era obra del propio Garcés, el líder indígena afirmó estar convencido de las bondades del cristianismo y de las ventajas que tendría convertirse en vasallo del rey de España. Con una convicción que no pudo haber sido más que atribuida por el redactor del texto, Olleyquotequiebe asentó:

El capitán Anza ... me dio una noticia clara, aunque breve del Ser Supremo, de las Leyes que impuso a los hombres y del culto que exige de ellos, lo que llenó de tal modo mi corazón y lo hallé tan conforme a mi modo de pensar, que desde aquél momento me resolví a ser cristiano, aunque fuese a costa de la vida [Representación que el capitán Salvador Palma hizo al Exmo. Virrey de Nueva España, 1776. Biblioteca Nacional, Archivo Franciscano, caja 4, exp. 81.3, f. 6v-10v.].

Además de declararse convencido de la monogamia y contrario a lo que calificó como ritos idolátricos de su pueblo, confirmó su disposición a defender el compromiso contraído con aquél capitán:

Mis gentes ascenderán a tres mil, con los que me obligo a defender a los misioneros y españoles de cualquiera insulto. Creo que a mi ejemplo se reducirán mis vecinos siempre que se me ordene y el servicio del Rey lo pida. No desconfío de atraer a una alianza general los Halchedunes, Jamajas, Osoyopas, Pimas, Opas, Cajuenes, Cocomaricopas, Jaliqumas, Cucupas, Cameyas, Papágos, y una porción de Apaches.

No contento con ofrecer semejante cantidad de alianzas, enumeró las ventajas que obtendría la corona si el virrey determinaba apoyar la creación de las misiones sobre su territorio:

Esta alianza general y los establecimientos en mi país, no sólo conservarían seguros los caminos y libre la comunicación mutua entre California, Sonora, San Francisco y Nuevo México, porque se hallarían situadas en el centro de las

⁴ Las características de la población habitante de esta zona es un tema que también sugiere una revisión cuidadosa. Un enfoque que considere procesos como la etnogénesis resultaría muy esclarecedor.

⁵ En los recorridos que hizo Francisco Kino hacia 1700 tuvo la misma impresión acerca de la disposición de los habitantes del Gila y el Colorado; véase Kino 1989:105-107.

Provincias; sino que auxiliados de las armas españolas y dirigidos de sus jefes, pudiéramos servir con ventaja en la pacificación de los reinos vecinos.

Ataviado a la usanza española regresó Olleyquiteiebe a su comunidad, causando gran expectación entre los de su tribu y despertando seria animadversión en las comunidades vecinas.⁶ Casi para finalizar el año de 1780, arribaron al lugar los misioneros Francisco Garcés y Juan Díaz, así como dos cabos, 20 soldados y una veintena de familias para colonizar. En poco tiempo estaban funcionando las misiones de La Concepción, localizada a la altura de la confluencia de los Ríos Gila y Colorado, y la de San Pedro y San Pablo, a 6 leguas al sureste de la primera. Los colonos, por su parte, se asentaron en los mejores terrenos.

La reacción no tardó en suceder: el 17 de junio de 1781, durante la celebración de la misa, “se oyó el alarido de los indios, que cayeron en grandes escuadras y sitiaron la iglesia y las casas” (Arricivita 1792:499). Murieron el padre Garcés, el capitán Fernando de Rivera y Moncada y 107 personas más; el resto quedó cautivo. El comandante del presidio de Pític, Pedro Fagés, “con el medio más suave y atractivo cariño”, trató el rescate de los cautivos. A cambio de bayeta (manta), fresadas, avalorios y cigarros, consiguió la liberación de 171 personas (Biblioteca Nacional, Archivo Franciscano, caja 4, exp. 83.3).

En el ataque habían participado, además de la comunidad quechana, los maricopas, jalchedunes y pimas gileños, poniendo en evidencia que las alianzas con el jefe yuma eran completamente infundadas (Biblioteca Nacional, Archivo Franciscano, caja 4, exp. 83.3). Juan Domingo Arricivita, contemporáneo de los hechos y cronista del Colegio de Santa Cruz de Querétaro, consideró el proyecto de su correligionario como un fracaso anunciado, calificando al autor de los decretos que autorizaron la fundación de las misiones, como artífice del morir, pues los recursos destinados no correspondían a la magnitud de la empresa (Arricivita 1792:498). La escolta, según Arricivita, era mínima tomando en cuenta la extensa población que rodearía a las misiones, aún más cuando el propio Garcés había solicitado en los últimos meses incrementar la guardia al percatarse de que sólo “una ranchería muy corta” seguía apoyando al dicho Salvador Palma y que “había muchos indios sublevados por todas partes” (Arricivita 1792:498).

El desastre en el Colorado impactó de tal manera a las autoridades de la península, que la fundación de nuevas misiones se detuvo por casi una década, mientras que en la región no se impulsaron nuevos proyectos de colonización. Aún más, la estrategia de ocuparla con el fin de abrir camino por tierra hacia California, no se concretó sino hasta finales del siglo XIX. Algunas de las reflexiones a que invita el fracaso de los intentos colonizadores del bajo Colorado, consisten en determinar cuáles prácticas impidieron que aquí no se concretara la ocupación y cuáles permitieron a las poblaciones aborígenes ofrecer una sólida resistencia.

A pesar del fallido intento de colonización civil y religiosa emprendida a fines del siglo XVIII, sobre el área comprendida ahora dentro de las jurisdicciones de Mexicali e Imperial, la expansión colonial sobre el noroeste de la Nueva España experimentó un fuerte impulso en esta época. Fue entonces cuando las fronteras del virreinato consiguieron su máxima expansión en territorio americano, confirmando una real capacidad de los procesos de apropiación territorial puestos en práctica por la corona española.

⁶ En el informe de Darío Argüello dirigido al gobernador de California Diego Borica, aquel asentó sobre el regreso de México del líder indígena: “Trajo consigo un baúl lleno de ropa decente, como eran camisonas, casacas guarnecidas, cabrioles galoneados encarnados y azules, soberos de tres picos, bastón y otras alhajas vistosas ... sus paisanos se admiraron de tanta riqueza ... [Palma] les hizo entender las grandezas que vido en México y que los cristianos andaban los más como él se les presentaba”, Acervo de mf. del Instituto de investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California, *Bancroft Library*, mf. rollo 6.

Conclusión

Sin duda, la presencia colonial en la región que constituye el tema central de este evento, invita a nuevas lecturas de las crónicas y de los hallazgos arqueológicos que no solo expliquen eventos pasados, quizá aporten elementos para conocer fenómenos actuales como la conformación de espacios globalizados y la formación de límites geopolíticos supranacionales, o bien la defensa cultural que presentan distintas sociedades locales ante mecanismos de apropiación construidos a otras escalas bajo parámetros de subordinación.

Bibliografía

Arricivita, Juan D.

1792 *Chronica apostolica y seraphica del colegio de propaganda fide de Santa Cruz de Querétaro*, Felipe Zúniga y Ontiveros, México.

Bancroft, Hubert H.

1881 *History of northern Mexican States and Texas*, 2 vols., The History Company, San Francisco.

Bolton, Herbert E.

1990 *Coronado: knight of pueblos and plains*, 4ª ed., University of New Mexico Press, Albuquerque.

J. Porrúa Turanzas

1962 *Documentos para servir a la historia de Nuevo México*, Madrid.

Forbes, Jack D.

1965 *The Yumans of the Quechan nation and neighbors*, University of Oklahoma Press, Norman.

Kino, Francisco

1985 *Crónica de la Pimería Alta*, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo.

1989 *Las misiones de Sonora y Arizona: comprendiendo la crónica titulada "Favores celestiales" y "Relación diaria de la entrada al noroeste"*, Porrúa, México.

León-Portilla, Miguel

1989 *Cartografía y crónicas de la antigua California*, Universidad Nacional Autónoma de México.

Le Riverend, Julio

s.f. *Cartas de relación de la conquista de América*. Editorial Nueva España, México.

Portillo y Díez de Solano, Álvaro

1947 *Descubrimientos y exploraciones de las costas de California*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Madrid.

Romero Navarrete, Lourdes

1990 "La Colonia", en *Mexicali: una historia*, Jorge Martínez y Lourdes Romero, eds., Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali.

Archivos

Archivo General de la Nación, Provincias Internas.

Biblioteca Nacional, Archivo Franciscano.

Bancroft Library, University of California, Berkeley.